

# CARA NUEVA, VIDA NUEVA

Óscar fue el primero en el mundo al que se le hizo un trasplante total de rostro. Un accidente de bala le había borrado su rostro. Operado en Barcelona, se convirtió así en parte de la historia de la Medicina. Conversa

en exclusiva con «Crónica» con el propósito de dar ánimos a personas con problemas parecidos. El donante que le dio su nueva faz devolvió la vida a siete personas más. La operación duró más de 24 horas

## A ÓSCAR LE CRECE LA BARBA



**CIRUGÍA HISTÓRICA.** En la operación realizada en 2010, se turnaron 60 personas. Joan Pere Barret, coordinador de la unidad de cirugía reparadora del hospital Vall d'Hebron, fue el autor de la hazaña. «Nunca se había realizado una operación semejante». Describe a Oscar, por su fortaleza mental y física, como «el paciente perfecto».

REPORTAJE GRÁFICO: MARTÍN MUCHA

MARTÍN MUCHA

Cada tres años la existencia de Óscar cambia de rumbo. En 2004, su cara, tras un accidente, se fue. Desapareció esa faz juguetona, pícara. El chico indómito cayó en el ostracismo. No veía a nadie. No salía de casa. Reflexionaba a solas, en la vivienda que había comprado con esfuerzo, cuando trabajaba subido en un tractor, entre vides. El hombre sin rostro vivía en la más absoluta soledad. En 2007, una llamada al doctor Joan Pere Barret transformó la utopía que le ilusionaba en su refugio en una posibilidad clínica. Nunca se había hecho un trasplante de cara completo en el mundo. ¿Podía ser el elegido? Ésa era su esperanza. Y valió la pena ese soñar. Óscar fue el primero en someterse a ese complejísimo procedimiento en 2010. Así aparece en las enciclopedias. Él es parte de la historia de la Medicina. Y hoy, tres años más tarde, acepta abrir su corazón. Dar la cara, fotografiarse. Nos cuenta cómo recupe-

ró su vivir. La alegría. Su rutina.

—Aquí estoy— suelta. Ver sus ojos marrones. Su nariz aguileña. Sus dientes. Su barba que aparece ya. Su pelo largo y algo rubio. El cambio es asombroso. Él es asombroso.

Tiene un tic que reafirma inconscientemente quién es. Se toca permanentemente el rostro. Se acomoda la piel, la estira. Como si quisiera comprobar que sigue allí. Las persianas están a la mitad. Los rayos solares entran en diagonal, iluminan el salón de la casa de tres plantas donde recibe a Crónica.

—La luz me molesta.

Se acaba de hacer unas gafas de sol especiales de alta protección, propias de alta montaña. Están sobre la mesa.

—No es un buen año. Me duele.

Su milagro se publicó en la más prestigiosa revista de cirugía del mundo: The Annals of Surgery. «Trasplante total de cara / El primer caso», se tituló... Allí se desvela el origen de su mal: «Una deformidad

facial severa causada por un trauma balístico». Sucinto, pero claro. Un disparo que se llevó media cara. Que, si uno ve la radiografía de ese momento, es un cráneo con un gran agujero en el centro, sin huesos nasales, ni en los pómulos, ni mandíbula superior, de la inferior queda menos de la mitad... Eso es el pasado. La nueva placa de rayos X revela también que el cráneo es absolutamente normal. El trasplante implicó también cambiarle piel y músculos. Todo en su lugar.

La media melena de Óscar le devuelve el aire de niño travieso que tenía antes del accidente. Él se toca la parte superior de la boca, la que pudo abrir de nuevo. Le pega varios tirrones a su carrillo izquierdo. Coge una botella. Le cuesta aún creer que puede hacerlo. Abre los labios con fortaleza. El agua cae como torrente, directo en su boca.

—Aprendí de nuevo a beber. A comer. A reconocer los olores— dice Óscar, recordando el momento en

que no sólo volvía a tener cara, a poderse mirar al espejo.

También recuperó dos sentidos. Se alimentaba con una sonda gástrica que pasaba por su esófago. Por aprender tuvo que volver a descubrir cómo respirar. «Me asombra cómo, tras tantos años, recordaba los sabores que le gustaban», comenta su madre. Él la interrumpe. Quiere que el diálogo sea sólo con él.

—Ya han sufrido mucho. Ya han dado la cara demasiado por mí, mi hermana y mi madre.— Ahora puede hablar él.

—¿Cuánto ha cambiado tu vida?

—Quiero pensar que volvió al punto en que la dejé en 2004, tras el accidente. Es tan sólo así. 27 de marzo de 2010. Todo ocurrió en cámara lenta. La familia de un generoso donante de 41 años, quien había fallecido de una hemorragia cerebral aceptó que se le extrajera el rostro. Un procedimiento fugaz que estaba plenamente coordinado. Lo habían ensayado por me-

ses con cadáveres. No podían fallar.

Para comprender lo dura y dádovosa que es la decisión de donar un rostro, es que no se puede velar al difunto como es cotidiano. La tapa del ataúd estará cerrada. El último adiós a los familiares se le da a un hombre que en lugar de cara tiene una máscara de sílica especial, que se ha hecho replicando el rostro que tenía, que se fabrica mientras se le extraen sus órganos. El héroe anónimo de esta historia no sólo salvó a Óscar dándole los tejidos blandos y estructuras óseas de su cara. Donó además su corazón, pulmones, hígado, páncreas, riñones y otros tantos tejidos. Salvaría a siete personas más.

El primer paso era evitar la isquemia, la muerte de las células por falta de riego sanguíneo. A Óscar, entonces con casi 31 años, le comunicaron esto cuando estaba en Huesca. Cogieron el coche con dirección Barcelona. Ya se había frustrado un par de veces la operación. Era como un / Pasa a la página 10



Viene de página 9 / capítulo de Urgencias. Médicos por un lado con un tejido sensible, del que apenas se sabía cuánto podía resistir. Se estimaba que como un riñón —cinco horas—, pero había pocos precedentes. La rapidez era fundamental. Entre que al rostro del donante le desconectaron los vasos sanguíneos, hasta que los cosieron en Óscar, pasaron dos horas y media.

#### 60 PERSONAS EN QUIRÓFANO

La operación duró más de un día donde se turnaron 60 personas. «Fueron poco más de 24 horas, pero yo no dormí en 36. Trabajamos cuatro anestesiólogos, ocho cirujanos plásticos, 10 residentes de esta especialidad, un experto en enfermedades infecciosas, otro entendido en trasplantes multiviscerales [distintas clases de vísceras, pues a la vez al donante se le extrajeron distintos órganos], cuatro instrumentistas, dos coordinadores de trasplantes», comenta a Crónica Joan Pere Barret, médico personal de Óscar, coordinador de la unidad de cirugía reparadora del hospital Vall d'Hebron de Barcelona, con experiencia en centros médicos de EEUU. El genio a cargo de esta superestructura, un precursor. Se trasplantaron los huesos extraídos, incluidas las piezas dentales. Conectaron las venas yugulares, varios vasos sanguíneos más, músculos... Se utilizaron hasta glándulas lagrimales del donante. Aunque llorar de nuevo no estaba en los planes de Óscar...

—¿Qué pasó al despertar?

—Lo que esperaba. Volvía a ser yo. Sentí una enorme tranquilidad.

El postoperatorio duró casi un mes. Tardó una semana en que le salió una prominente barba, como una semilla que ya es embrión. El mismo tiempo que tardó en verse. Era un proceso complejo que implicó la ayuda del personal de psicología del hospital. Para ellos, para sus doctores, es el mejor paciente que se puede tener. Los informes hablan de un chico valiente que se ha rehecho. Que enseña a sus perros de caza con orgullo. Sale con sus amigos. Administra con propiedad las 22 cápsulas que ha de tomar a diario. Una mez-

cla de inmunosupresores, protectores de estómago, de hígado...

—Incluso contra el colesterol—dice Óscar mientras coge una caja.

Se asoma a su almacén y ante la incredulidad de quienes lo visitamos, hay decenas y decenas de fármacos, abre otro compartimento más. Las organiza metódicamente. Las toma desde las 8 de la mañana hasta medianoche. «Es el paciente perfecto», dice su médico. Esta semana se han visto de nuevo Joan Pere y Óscar. El jueves le cuenta a su doctor lo que le duele. No es un buen año, padece por el viento, por el excesivo sol.

Paseamos a solas en su todoterreno. Tiene los walkie talkies que emplea al cazar en el suelo. Una chaqueta naranja. Luce un pañuelo palestino original que nunca se quita.

—Es lo mejor para mí.

Necesita utilizar mascarilla en muchos momentos para cubrirse nariz y boca. Es parte de los cuidados que tiene que tener. Aunque lo hacía más cuando no tenía rostro. En casa de sus padres, típica de pueblo, con tres plantas, terraza y comedor pequeño, seguimos charlando.

—Uno de los trasplantados totales de cara, Richard Lee Norris [siguiente reportaje] contaba que por cubrirse la cara, una vez apareció la policía y que «le apuntaron con pistolas»...

—[Sonríe] Eso me pasó a mí. Iba con un pasamontañas con mi madre. Apareció la Guardia Civil. Me querían detener.

—Entrevisté a una mujer a la que su marido quemó con ácido. Tenía en su pasaporte la foto de antes. No la dejaban subir al avión...

—Tuve que cambiar la foto de mi DNI y de mi carné de conducir.

Fue duro. Al ir a renovarlos fue con las fotos antiguas, antes de que pasara el accidente. Tuvo que cambiarlas por esas donde no tenía rostro... Hoy tiene la documentación con su nueva cara. Hay cosas que busca formatear del disco duro de su mente, como el origen de su tragedia, los detalles...

—¿Qué pasó? ¿Cómo pasó?

—Un accidente. No hay más.

—En 2004, tras eso, ¿qué hiciste?

—Estaba así como ahora —tiene

## TAMBIÉN HA RECUPERADO DOS SENTIDOS: EL GUSTO Y EL OLFATO. HA REAPRENDIDO A RESPIRAR CUANDO, SIN CARA, SE OCULTABA TRAS UN PASAMONTAÑAS, LA GUARDIA CIVIL CASI LE DETIENE



RECUPERÓ SU VIDA COTIDIANA. A la semana de la operación ya había necesitado afeitarse. Hoy suele hacerlo cada cuatro días. Disfruta de nuevo de criar a sus perros como hacía antes de su accidente [sobre estas líneas]. «Tengo una vida casi perfecta», dice Óscar.

una mano sobre la pierna. La mirada fija en un punto imaginario. Luce sereno, pero no feliz.

—¿Tres años así hasta que te convertiste en candidato al primer trasplante total de cara del mundo?

—Pensando que era posible. Que esto iba a pasar y volvería a ser yo.

—¿No te distraías con internet?

—No me gustan los ordenadores.

Fue como te dije. Tres años de mi vida que no existieron.

—¿Cómo calificarías tu vida hoy?

—Tengo una vida casi perfecta.

Vivo solo, a mi aire. Compré mi casa antes del accidente. Disfruto de la pesca e ir con mis perros por el campo. Pescar no es sólo una actividad. Es un refugio. Se adentra en el río

con su caña. El cuerpo metido en el agua, no se queda quieto. Lo hace donde pocos van. Su naturaleza.

El verano es su estación más complicada. Le daña la piel, los ojos.

—El invierno es perfecto para mí.

En esta época tengo que usar sombrero, aparte de gafas especiales.

—Hablemos de tu vida previa al accidente. ¿En qué trabajabas?

—Ya no hago lo mismo.

—Te vi en unas imágenes entre viñedos. ¿Eran tuyos?

—No. Conducía un tractor. Era un simple empleado...

Óscar ha servido de precedente, de ayuda a los que han operado después. «Ya sabemos que el nervio facial izquierdo crece más lento. A to-

dos los pacientes trasplantados de rostro les pasa», comenta su doctor. Hay otros descubrimientos a posteriori. «También pasa con el labio inferior. Tarda más en conseguir el tono muscular». Son pacientes que van recuperándose poco a poco. Es lento y cuanto más joven mejor. Óscar tiene 34 años hoy. «En tres años ha mejorado muchísimo y en tres años será aún mejor».

Se ha sometido a varias intervenciones médicas más. Entre ellas, dos cirugías importantes. «Teníamos que reducir el tejido, retocar». Un estudio norteamericano ha cuantificado el valor de un trasplante de cara en un máximo de 300.000 euros. «Cuesta como uno de hígado o uno bipulmonar». Es un éxito del sistema actual. «De la sanidad pública española».

El cirujano resume clínicamente los tres años de Óscar: Primer año: «Parálisis. Los tejidos y la musculatura deben recuperarse». Segundo: «Rostro más simétrico. Hay mayor movilidad. Una dieta normal». En 2013: «Puede hablar con teléfono». Barret está preparando otra hazaña. Sólo está a la espera urgente de donante. «Es un paciente que está en riesgo de morir. Su rostro padece una malformación pues es una esponja enorme de sangre». El trasplante que le harán será aún más extremo. Toda la piel desde el cuello hacia arriba, incluso el cabello y las orejas. El de Luis Casaramona sería el cuarto trasplante de cara —el segundo completo— de España. El primero, Francisco, falleció hace unas semanas. El segundo, Rafael Flores, luce con orgullo que una plaza de su pueblo lleve ya su nombre.

#### LOS AMIGOS QUE NO PERDIÓ

Óscar mira un punto fijo de la habitación. A la ventana de la luz cegadora. Hay algo que no ha hecho. No se ha vuelto a enamorar.

—¿Novia antes del accidente?

—Sí. Se acabó. Así lo decidí. No era el momento. No tenía solución.

—¿Después de la operación lo has vuelto a intentar?

—No. Lo que suceda, será.

—Supongo que muchos se alejaron. Estaba tu familia, tu hermana María José que creció contigo.

¿Quiénes se quedaron?

—Los que valen la pena: Vanesa, David, Alma, Luis, Sabinas.

—¿Venían a verte entre 2004 y la operación?

—Sí. Era y es una relación sincera. Me preguntaban si me molestaba que hubieran venido. Yo les decía: «sí». Se iban pero siempre estaban.

Óscar accede a este encuentro buscando dar ánimo a los que vienen. Contar que hay esperanza. No pretende dar más entrevistas. Le agobia responder... Las cicatrices se van borrando. Son imperceptibles igual con esa media melena que las cubre perfectamente. Hay otras, las de los recuerdos que también se van. Se nota en su sonreír por momentos. Con su calma. «Él nos ayuda a seguir creyendo que vale la pena esto, ser médico». Que todo es posible. El norteamericano Dallas Wiens, otro trasplantado completo de cara, ha sido el primero en casarse.

Todo es factible para ti Óscar. Ya ni el amor se te puede resistir.